

que después de despedazar el cetro de la tiranía estaban destinadas á cubrir la tierra con una civilización superior á la de los tiempos antiguos? Y en qué estilo se ofrecían á la atención de los hombres? Bajo el aparato mas modesto y vulgar; pero poseyendo el secreto de idioma en que habían de expresarse. Era el hijo, según la carne, de un pobre carpintero, y unos miserables pescadores los que anunciaron al pueblo soberano una doctrina delante de la cual enudeció la del Arópago. El senado, estaba envejecido, y había cundido la corrupción desde la cima del capitolio, hasta los albañales de Roma; cayendo los perseguidores y las víctimas en igual degradación, y era necesario decirles á todos algunas verdades que jamás habían escuchado. Se exigía nada menos que una completa abnegación á hombres encenegados en la crápula, y la obediencia á unos años acostumbrados á mandar. Las costumbres todo lo toleraban: la nueva ley nada permitió. Se observaba un orgullo descarado en los escritos de los filósofos que trata entonces se habían opuesto mas al torrente. ¡El Evangelio holló el orgullo! Epitecto y Séneca escribieron algunos hermosos pensamientos sobre la Providencia; pero le son superiores dos renglones del Evangelio que habla del lirio y del gorrión, vestidos y alimentados por la bondad divina. El estilo del desgraciado maestro de Neron es brillante, aunque algo enfático y forzado; el del Evangelio, lleno de sublimidad y sin embargo, laconico y sencillo, para que pudiera ser comprendido aun por hombres vulgares. El esclavo de Epaphrodita es estóico hasta la indiferencia, y tan impassible, que ni confesará el dolor, y cuando su amo le hubiese roto la piedra contestaría: "No, o dije que me la habías de romper?" El platónico Celso, admirando este frió leonismo, preguntará si Jesucristo ha hecho en su pasión algo que se le pueda comparar; mas S. Agustín le contestará: "Si, porque se calló." La vida del sabio de Belen es dulce y afectuosa, no disimula el sufrimiento, lo confiesa y casi sucumbe á él: tan agudos son sus dolores. Tiene la fuerza en el alma, pero el amargo cáliz en los labios, y aunque el sacrificio lo hace un Dios, los suspiros todavía son de un hombre. Jesús ve una Madre al pie del árbol sangriento, acompañada del tierno amigo que en otro tiempo reposaba tranquilamente sobre su seno, y considera qué inmenso vacío va á quedar en esos dos corazones, desgarrados por el dolor de su pérdida. Eso es bastante colocado entre el cielo á que pertenece, y la tierra que ya comienza á purificar con su sangre, deja correr de sus labios sobre sienes tan queridas, un testamento de amor. Deja una madre á su amigo, y un hijo á su madre; tierna

sustitución que derrama en dos llagas abiertas el bálsamo que mas les convenia. Aquel que en su carrera terrestre, por todas partes sembró los prodigios, para alivio de sus hermanos, no recurre á ellos en esta vez. Permiéndole que se diera un libre curso á un dolor tan justo, quiere que los recuerdos dulces y tristes sean los que cicatricen la herida. Quiere que Juan y María lo lloren juntos, porque el sentimiento de lo que es divinamente bueno, es en sí mismo una virtud. También dejó en herencia su memoria, á esa otra muger á la que tanto había tenido que perdonar. La antigüedad no vió nada semejante, y en verdad que este no es el testamento de Eudamidas!

Se ha pretendido sostener, que el olvido de toda creencia religiosa había llegado en Roma á tal extremo cuando se escuchó en ella el Evangelio, que los espíritus estaban dispuestos á aceptarlo como un refugio abierto para las penas de la vida y de la proscrición; pero esto es falso como trataremos de probarlo. A todos los que nos digan que el cristianismo se predicó en el tiempo oportuno. "Si," les contestaremos, "según los decretos divinos; pero no conforme al curso natural de las cosas." Un alimento tan delicado no podía gustar á paladares estragados. ¿Podría colocarse la perfección de la vida tan cerca de su último envilecimiento? ¿Se ha creído posible alguna vez la alianza de cosas tan incompatibles? No por cierto: solo la mano de Dios había de realizarla. ¿Cuán grandes, por lo mismo, no fueron los obstáculos que encontró el Evangelio en su marcha! Ha sobrevivido á sus trabajos, pero en la lucha los romanos dejaron de existir como pueblo; porque toda nación que pierde sus creencias primitivas, es bajo este respecto una nación muerta, aun cuando cambie de culto. Si el cielo la favorece, renacerá á lo mas bajo una nueva forma. Sin lamentarnos tanto como Gibbon al contemplar los funerales del imperio romano, ni añagiznos con él por los progresos del cristianismo, cuyo desarroy trató de evitarse desde su origen, convendremos con ese célebre escritor, en la relación que hay entre la marcha ascendente del cristianismo y la decadencia del politeísmo. Aquella no fué mas que el sencillo anuncio de la caída de un sistema, que debía tener su fin, porque era la creación muy material aunque de un sentimiento divino en su origen. Todo se reduce á que hubo dos acontecimientos simultáneos. Roma debía sucumbir con sus dioses, porque la vida religiosa de los pueblos, será siempre la medida de su vida política y social. Así perecieron Egipto y Grecia, y por lo mismo aun existe la China, conquistada tantas veces; pero que ha refundido en su culto y costumbres el de

sus vencedores. El cristianismo no se podía someter á semejante fusión. Levantando un altar contra otro altar, debía reinar solo, ó desvanecerse como un sueño. Trascurrió sin embargo mucho tiempo, antes de que sonara la última hora de la idolatría. Creemos por lo supuesto, que se saca una consecuencia forzosa de un hecho imaginario, al considerar el establecimiento de la religion cristiana como un efecto inmediato del descrédito en que había caído el paganismo.

Las religiones mueren mas lentamente de lo que se supone, y en su larga agonía tienen ciertos intervalos de fiebre en que recobran bastante fuerza para vengarse de los tiros que se les asestán. El dicho célebre de los dos augures que no podían mirarse sin reír, pudo pronunciarlo un hombre pensador que estimaba en su justo precio la pretendida ciencia de los adivinos; pero, exceptuando los gabinetes de algunos filósofos, de que había sido desterrada la creencia idolátra, existía en todas partes, en todo su vigor y energía. Un crítico juicioso encontrará alguna diferencia entre el pensamiento que hemos citado, y el manifiesto que publicó Celso contra los cristianos del siglo III, deseando ardientemente que se continuara tributando adoración á los simulacros de los antiguos dioses. En aquella época (y esto merece notarse), Adriano levantaba una estatua á Júpiter sobre el sepulcro de Cristo, y consagraba un bosque á Adónis, en la antigua Belen, cuna del hijo de María, infringiendo así, un doble ultraje que aun no indica la extinción del paganismo. Menos se puede comparar el sabio de Tuscullum, cuando se mofaba de los agoreros romanos, con Simaco, que hacía fines del siglo IV, invitaba á sus compatriotas á que no abandonasen el culto de sus divinidades, con la convicción de un creyente y la conciencia de un hombre honrado. El paganismo sobrevivió mas de cinco siglos al alba del cristianismo. Durante este tiempo lucharon abiertamente las dos religiones, recibiendo una su fuerza del cielo, de que descendía, y la otra, cual nuevo Anteo, de la tierra, de quien era hija. Si se niegan estos hechos históricos, ¿cómo podrán explicarse las largas y crueles persecuciones de que constantemente fué víctima una de ellas? ¿Por qué sufrió ese bautismo de sangre que solo hubo de terminar á la caída del imperio romano? ¿Existían los templos profanos, y concurrían á ellos multitud de adoradores, cuando se anunció la nueva ley, objeto de desprecio en su origen, como lo confiesan sus antagonistas contemporáneos; comenzó á desarrollarse en la oscuridad, y odiada y perseguida, celebró su humilde sacrificio á la luz de la antorcha fúnebre. Nacida en el sepulcro de su funda-

dor, erigió, regada con la sangre de sus hijos. Mientras que en el seno de las cavernas entonaba el himno de su dolor sobre la hosmanta de sus mártires, á la faz del cielo ardía el incendio al pié de las imágenes de los dioses adúlteros é incestuosos. Como si no bastasen los templos que se les habían erigido en el recinto de las siete colinas, por una recrudescencia de zelo, se multiplicaban á competencia, desde una estremidad á la otra del imperio: la antigua Galia los veía salir de tierra, como por encanto, y la idolatría pagana, de formas voluptuosas, reemplazaba al feroz druidismo, aunque sin mejorar la condición de los hombres.

En apoyo de estos hechos, inútil sería repetir lo que hemos dicho de Adriano, que por todas partes podía alzarse para su Antinoo. ¿No publicaba entonces Tertuliano (hacia el año 196) su *Apología del cristianismo*, perseguido por el emperador Severo? Medio siglo después, amparado acaso el paganismo, cuando Origenes, desde el fondo del calabozo en que lo había arrojado el furor de Decio (en el año 249) dirigía á sus hermanos su famoso *Exhortación al martirio*? Tampoco se debe olvidar, que en el año 412, San Agustín creyó necesario contestar con el hermoso libro de la *Ciudad de Dios*, á las quejas de los partidarios del antiguo culto, que acusaban al cristianismo de haber apartado de Roma el favor de sus dioses, y cuyas reconversiones dos siglos antes rebatía Tertuliano con acierto. No tan solo (y esto lo sostenemos contra la opinión de Gibbon) eran contrarios al establecimiento del cristianismo, el lugar, días y circunstancias en que apareció, y no solo no tenía ninguna afinidad con las ideas sociales, políticas y religiosas entonces en boga, sino que aun creemos (con la misma certidumbre), que el Evangelio sobre que se funda, no podía aparecer en la época en que resonó esta palabra extraordinaria, sin una voluntad espesa y superior. En verdad que ese libro no tiene semejanza. En él se cumplen las profecías de las Escrituras, que interpreta racionalmente. Cita algunos de sus hechos, muestra su espíritu, corrige el sentido material que le daban los judíos, y habla de ellas con respeto; pero por lo demas, en nada se asemeja á su estilo. No es una copia, ni mucho menos un extracto de ellas, en cuyo género ha sobresalido últimamente el abate Lemme-mois, con un buen éxito, de que han hecho alarde sus nuevos amigos políticos, mas de lo que él hubiera apetecido. Repetimos que el Evangelio es elocente y único en su especie. Es una sencilla relación; pero con caracteres peculiares. En cada uno de sus renglones se encuentra una moralidad tierna ó sublime. El hombre se ve en ellos alternativamente abatido

gelo, que era la única de donde podía derivarse la de una ley común. Se ha hecho una grande experiencia que esperamos no se repita, porque semejantes juegos son muy costosos para esponderse otra vez á ellos. Terminaremos este escrito, que hemos redactado con un santo temor, haciendo la observacion de que, cuando se habla de Jesucristo y se tiene el atrevimiento de tratar de un asunto como este, debe temblar la pluma en la mano, á menos que no haya tocado los labios el carbon encendido de Isafias. Así lo conocemos; pero nos animó la contemplacion de ese carácter especial que hemos observado en el Libro de los evangelios. ¡Si ha sido escrito para los hombres sencillos, por qué éstos no han de poder hablar de él de un modo conveniente!

Seis siglos despues del nacimiento del hijo de Maria, fundó Mahoma un culto que llega ya á su ocaso, y que desde su origen contó con grandes elementos de buen éxito. Hablando humanamente, ocupó el lugar que habia quedado vacante entre el judaismo y el cristianismo. El primero de estos dos cultos era la religion de lo pasado, que hablaba continuamente á Israel del Dios de sus padres, mostrándole á cada paso la huella de los beneficios que le habia dispensado desde las riberas del Nilo hasta la tierra prometida, y asegurando una bendicion terrenal al fiel observador de la ley. No se pensaba en el porvenir del hombre: todo se le prometia en esta vida, y para su raza, porque era esperado *Aquel* que debia proclamar otro orden de cosas. Una religion que no dirige sus miradas hácia una inmortalidad de penas y recompensas, debia tener fin; porque se destraba de ella la esperanza, y era un diminutivo del infierno del Dante. El cristianismo es al contrario, la religion del porvenir, cuyo himno eterno entona entusiasmada. Desprecia la vida presente, sacrificándola con valor, ó cuando mas, solo la considera como un instrumento de conquista. Sacando su principal argumento de las ilusiones del mundo, de las contrariedades del orgullo, de la inconstancia de nuestras afecciones, y de la inutilidad de nuestros placeres, sin cesar codicia dos yseguidos siempre del hastío, ha hecho de la esperanza (sin la cual dejaría de latir el corazón), el único móvil de nuestras acciones. Mahoma conoció el vacío que existia entre ambos cultos. «El primero (se dijo á sí mismo) concede muy poco al porvenir, y el segundo á lo presente; á un tiempo haré promesas á ambos, y con igualdad les repartiré mis dones. La moral la hicieron Moises y Jesucristo, yo no la cambiaré. Mis discípulos gozarán todas las felicidades de la vida, y despues de un contento celestial. Los alimentaré con perfumes en este y en el otro mundo; debajo

de una sombra fresca, los rodearé de mugeres de voz argentina, de talle voluptuoso y miradas de gacela. Haré que incesantemente se renueven para ellos los placeres que la virgen concede á su esposo. Cuando hayan combatido en la tierra por mí, si el acero enemigo corta los hilos de su vida, de los brazos de sus compañeros pasarán á gozar nuevas delicias.» Este es un don continuo, la religion del sensualismo; en ella el cuerpo lo es todo, el alma, nada.

Semejantes promesas debian de ser acogidas con entusiasmo bajo el ardiente clima de la Arabia. Nació el islamismo, y con él, la degradacion de la especie humana, la humillacion de la muger, su cautividad, la mutilacion de los miserables, encargados de su custodia, las costumbres afinadas del serrallo, la paralización de la inteligencia, la esclavitud y el espíritu de conquista. Tales fueron las consecuencias de semejante sistema. El reino de Mahoma toca ya á su fin. Su doctrina, esencialmente retrógrada, se desvanece delante de la claridad que ha venido á iluminar la razon humana, cuyos primeros destellos se deben á la religion del Crucificado; y probablemente será menos larga en Europa la agonía del islamismo, que lo fué la del politeísmo romano; porque todo anuncia que de aquí á cinco siglos á mas tardar, habrá arrojado su postrer suspiro.

No sabremos decir cuál será la duracion del culto de Mitra, Brama y de Visnú. ¡Si esas diversas religiones desaparecieren repentinamente de la faz de la tierra, el género humano tendria que lamentarse mucho de ello! No perderia en nuestro concepto mas que el dogma aterrador del fatalismo: la opresion de un seculo por el otro, y el sistema degradante de castas. Supongamos por un momento que el cristianismo es herido de muerte: ¿cómo llenaria entonces el mundo civilizado, el inmenso vacío que dejase en su economía civil y doméstica, la destruccion del Evangelio? Estamos convencidos de que ningún hombre que se hallase revestido por un instante del poder infernal de destruir sus páginas y abolir su memoria (y que aun mereciese ser llamado hombre), dejaría de retroceder espantado ante un acto semejante de barbarie, despues de haber previsto todas sus consecuencias. No se puede hacer tal suposicion sin estremecerse: involuntariamente se cierran los ojos, al considerar las tinieblas que rodearian entonces á la tierra, y se imagina uno que escucha el último toquido de la campana fúnebre, que anuncia á todas las criaturas que la nada vuelve á apoderarse de su presa.

Keraty.

(Traducido por José Tornel y Bonilla).

LA ESPOSA DEL INSURGENTE.

I.

Por los años de 1809 y 1810 el virreinato de la Nueva-España presentaba un aspecto de bienestar y tranquilidad tan grande, que nadie en el mundo se hubiera atrevido á pronosticar que despues de algunos meses, esos pueblos pacíficos del Bajío, se habian de convertir en torres y palenques, donde la sangre correría á lizos, y los hombres se destruirian como fieras, impulsados por ese ciego y doble fanatismo político y religioso.

El pueblo de Chamaucero, en el Departamento, entonces provincia de Guanajuato, pueden figurárselo las lectoras á poco mas ó menos como todos los pueblos que no son México y las capitales, es decir, con la mayor parte de las casas maltratadas y sin aseó, con unas calles empedradas y otras no, y con su iglesia y su cura, que cada ocho dias enciende dos velas delgadas de cera á la hora de la misa, y con un reducido número de personas cultas y civilizadas. Chamaucero, no obstante, era menos feo, y mas civilizado que otros pueblos; y vivía en él una jovenita con un talle delgado, una sonrisa melancólica y unos ojos llenos de ternura. Manuella (que así se llamaba la joven) era ademas muy virtuosa, y de un talento superior, tal vez á la educacion que entonces se daba á las mugeres, y de una alma apasionada: tenia entre los mozos del pueblo algunos novios, á quienes no habia desdénado, á causa de su natural amabilidad; pero tampoco les habia correspondido con nueces y coquetterías, á causa de su natural virtud y juicio. Por fin fijó su eleccion en uno, en quien reconoció mas juicio y buenas cualidades, y lo amó tambien porque así se lo ordenaba su corazón. Ya verán, pues, mis hermosas lectoras que despues de lo que va dicho, nada tenia de extraño que procuraran los dos amantes tener aquellos ratos de dulce conversacion, aquellos momentos en que en la soledad y silencio de la noche, se comunican dos jóvenes sus temores, sus celos, su amor, su aliento, su vida, su alma entera... ¡Oh! esos suspiros que se pierden con el soñoliento ruido de los árboles; esas dulces palabras que van á morir con el susurro de un arroyuelo; esos besos castos que apenas vibran, y se escuchan en el angusto silencio de las altas horas de la noche; esos temores y sustos de ser descubiertos, por el padre ó el ama de la casa; esos latidos del corazón, que esplican la dulce y desconocida sensacion del amor, son

otros tantos placeres que circundaron los primeros dias de la juventud de Manuella, y que vosotras, mis amables lectoras, sentireis una sola vez en vuestra vida.

Una noche Manuella estaba debajo de un árbol del patio de su casa, y con una voz suplicante y los ojos llenos de lágrimas, le decia á un joven que permanecía á su lado.

—Un nombre del amor que me has tenido, dime; ¿qué motivo ha podido hacerte cambiar de resolucion?

—Te he dicho, Manuella, que es un secreto que solo Dios y yo debemos saber.

—Es decir, contestó, rechazando la mano del joven, que yo no merezco tu amor, ni tu confianza; que has jugado con mi corazón, y con mis sentimientos, para abandonarme despues, por la simple razon de que tienes un secreto. ¡Y es disculpa honrosa para un hombre, faltar á sus juramentos, solo porque dice que tiene un secreto? Dime que no me amas ya, que te has cansado de mi conversacion, de mi trato, de mis modales, y que quieres escoger otra joven de mas talento, de mas viveza, de mas hermosura. Sí, de mas hermosura, continuó con la voz ahogada por los sollozos; pero que te ame mas que yo, ninguna, ninguna encontrarás.

Manuella lloraba como una niña; Alberto abrazaba su hermosa frente.

—Me has de volver loco con tu llanto, y tus celos, Manuella. Yo tengo mi secreto; pero realmente es un secreto que no está nada bien en poder de las mugeres; pero en cuanto á otra novia, ni pensarla; ¡bah! ¡Había yo de querer á otra cuando te tengo á tí, tan tierna y tan amable!

Manuela reclinó su cabeza en el hombro de Alberto, y su pelo delgado ondeaba con la brisa de la noche.

—Yaya, muchacha, continuó Alberto, levanta ese rostro de virgen, tan apacible y tan hermosa, y enjuga el llanto. No amo á otra, á tí no mas, á tí... ¡celosa!

—¡Alberto! respondió Manuella, acariciándole la megilla, no seas injusto, dile ese secreto tu Manuella, que te juro que no saldrá de mi pecho: diciendo esto, echó el brazo al cuello de Alberto.

—Manuela, eres capaz de quebrantar con tus mimos el carácter mas duro: bien, te voy á decir ese secreto, mas que no lleve el diablo á todos si lo descubres... chist... cuidado con

decirlo, ni al confesor, ni á tu nodriza, ni á tu mamá. . .

—Si desconfas de mí, no me lo digas, ni me vuelvas á ver, interrumpió Manuela, quitando con desen el brazo del mancebo.

—Es incomprensible esta criatura, exclamó Alberto; pero al fin ha de hacer de mí cuanto quiera. . . Pues bien, Manuella, sabe que antes que el amor y que los placeres, hay una sagrada obligación que cumplir.

—¿Cuál?

—La de defender á la patria.

—¿La patria, Alberto! . . . interrumpió Manuella asombrada, ¿pues no tienes tu casa, tu amigos, tu hacienda, tu familia, sin que nadie te moleste ni interrumpa tu tranquilidad? ¿De qué patria hablas?

—Niña, pobre niña! que no piensas mas que en el amor, no sabes que somos victimas de la codicia, y de la tiranía de los españoles. Si, Manuella, te repito que es una obligación librar á la patria de la esclavitud en que está, ó morir en la lucha.

—¿Morir! ¿y por qué piensas en eso? ¿Por qué me asustas con esa voz, sepulcral? No, tú no te apartarás de mi lado, nunca, ¡nunca! y al decir esto, estrechó al joven contra su pecho.

—Esta muchacha es un serafín, murmuró Alberto á media voz, y despues, alisando la delgada cabellera de Manuella, continuó: no quiero decir que sea preciso morir, es una disyuntiva que pongo, y cabalmente la parte de mi secreto consiste en declararte que voy á tomar partido en la revolucion que va á estallar, y que yo no puedo casarme contigo para hacerme infeliz.

—No sé lo que quieres decir: y muger como soy, no puedo calcular la justicia que tendrás para entrar en esa revolucion: pero como yo me fio en tí, lo mismo que en el santo de mi nombre, que en el ángel de mi guarda, cualquiera que sea tu suerte, quiero participar de ella: ¿lo rehusarás?

—Mi vida va á ser llena de amargura, contestó Alberto. Unas veces andaré prófugo por los montes, otras dormiré en los bosques, ó en el borde de los torrentes; otras el silbido de la metralla, el rugir de los cañones, y la luz del incendio, seran mi única distraccion. ¿Quieres ser mi esposa?

—Si.

—Una vida sin descanso, sin hora segura, continuamente agitada, llena de alternativas y penas, es lo que te puedo ofrecer.

—¿Y no hay remedio, preguntó Manuella, de evitar esas desgracias?

—No lo hay.

—¿Y las pasarás solo, si yo rehúso el ser tu esposa?

—Sin duda alguna, contestó Alberto, pues estoy resuelto á sacrificar mis bienes, mi vida. . . ¿qué digo mi vida! mi amor por tí, Manuella, que eres mi vida, mi mundo, mi Dios.

—Alberto, muy justa debe ser la causa que tú vas á abrazar, puesto que te resuelves á esos sacrificios.

—Es la causa de nuestra patria.

—Pues entonces, aquí está mi mano, será tu compañera en todas las aventuras de tu vida, y, quiera el cielo que lo sea tambien en tu muerte. ¿Cuándo nos casamos?

—Manuella, eres un tesoro que no conocía, un ángel á quien no había adorado.

—¿Cuándo nos casamos?

—Dentro de ocho dias, contestó Alberto, estrechando á Manuella contra su corazon.

II.

—Hace una hora que aguardo las órdenes de V. E.

—Muy exigente y un si es no es alanoero, es el maestro Cayetano. Los asuntos de estado cesigan mas detencion de la que te parece, maestro, y no es lo mismo matar un toro en la plaza, que matar un hombre que tiene alma que perder.

—Ven V. E. lo que yo ereo, respondió Cayetano.

—Vaya, di lo que crees, y por primera vez te oiré decir que crees en algo.

—Creo, en Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, y en la Virgen de Zapopan, y en la. . .

—Omite tu relacion, maestro, ya sé que crees en todas las Virgenes. . .

—Y ereo tambien, señor cura ó señor generalísimo, en que mas lástima da matar un toro que un gachupin, y yo tengo mis razones. El toro al fin se domestica, y sirve para arar la tierra, y estirar una carreta, y los gachupines no se han de domesticar en toda su vida. En cuanto á su alma, ereo que no tienen alma.

El cura sonrió, y Cayetano advirtiéndolo, prosiguió.

—Tienen alma, puesto que manejan la espada lindamente contra nosotros; pero será una alma de demonio. La verdad, yo los veo hasta con cuernos, como los diablos de las pastorelas; y ereo que la Virgen de Zapopan, me há de agradecer lo que hago en honra y gloria suya. Al acabar de decir estas palabras, besó una medalla que tenia colgada al cuello.

El cura dijo entredientes. Estos hombres son ignorantes é idiotas al extremo. No obstante, con este fanatismo y estas preocupaciones, se ha de hacer la independencia.

—Cabal, le contestó Cayetano, que no había oido mas que la última frase; la independencia se ha de hacer matando á todos los prisioneros que se agarren.

—Eres un asesino, un malvado, maestro! No estás contento, si tus manos, tu rostro y tu cuerpo no están llenos de sangre.

—Soy patriota, señor, le interrumpió Cayetano con tono resuelto y alanoero.

—¡Hola, hola! baja esos ojos y modera esa voz, maestro, pues á poco que lo pienses, te puedo mandar cortar la cabeza, por mas patriota que seas.

—V. E. hará lo que guste; pero por favor le pediria, que me dejase llevar por delante una docena de esos perros, antes de morir.

—Vé, vé, maestro, en paz, y haz lo que te de la gana con esos hombres.

—Do veras? interrumpió Cayetano, lleno de alegría.

—He dicho que te marches, repuso el cura con voz de trueno. Cayetano salió, y el cura desde la puerta dijo: anda, buitro, cébato en la sangre y la carnicería. En cuanto á mí, continué dejándome caer en un sillón, esta es la suerte de la guerra. Hoy mando fusilar, mañana harán lo mismo conmigo. La sangre de los mexicanos, debe lavarse con sangre.

Ast pasaban las cosas en Guadalajara el año de 1811.

III.

Es preciso ahora trasladarnos á una casita, regularmente adornada, del pueblo de San Pedro, distante poco mas de una legua de Guadalajara. La sala de la casa no estaba adornada con el lujo y esmero tan comun hoy en la república, sino simplemente con unos sofás toscos de cedro, dos rinconeras con sus nichos llenos de flores artificiales y cuentas de cristal, y unas piezas de indiana ordinaria clavadas en la pared, formaban una especie de cuadro lleno de tocacas molduras doradas; pero la imagen, que era de Nuestra Señora de los Dolores, tenía toda la expresion de angustia, toda la melancolía, toda la hermosura que tendría la Reina de los cielos, cuando se hallaba al pié de la cruz del Redentor del mundo. Una señora, joven aún, con un vestido oscuro y un rebozo de seda, miraba melancólicamente á la imagen unas veces, y otras dirigia su vista iniquicia á la ventana y á la puerta. A poco momento sonaron lentamente once campanadas: los centinelas gritaron el "alerta," y este grito, lúgubre y pavoroso en tiempo de guerra, se fué apagando y perdiendo por grados, hasta que al fin se escuchó un último y triste acento, como el postre quejido de un moribundo. Los perros ladraron: pasado un momento, la señora abrió con tiento la ventana: la noche estaba negra y amenazaba tempestad, y todo reprobaba en el silencio y en las sombras.

La señora cerró la ventana, encendió un cabo de cera á la santa Virgen de los Dolores, y poniéndose de rodillas, comenzó á rezar. Con su semblante, algo pálido y estenuado, sus ojos negros que caian en desórden por su cuello blanco, parecia no un sér humano, sino el ángel que rogaba en el mundo por los desgraciados. Acabada la oracion que dirigió al cielo por su esposo, y por los infelices prisioneros de Guadalajara, se levantó con esa seguridad y valor que da una conciencia pura, una fé ardiente, y se sentó en la ventana. Pasado un momento, oyó pasos de caballerías, y despues un relincho.

—El es, él es, Dios mio! El leal *insurgente* ha reconocido su casa. Se lanzó de donde estaba sentada, y tomando una luz, corrió al zaguán seguida de una criada. Apenas corrió el cerrojo, cuando el caballo relincho segunda vez, y un caballero embocado se apé y se arrojó en brazos de la dama.

—Muy tarde has venido, Alberto, estaba y yacudadosa.

—¿Y qué ha hecho en mi ausencia, mi noble esposa?

—Rezar por tí.

—Bien, hija mia, mientras tenga yo un ángel de guarda á mi lado, estoy seguro que ni el plomo ni el acero, me harán daño.

—Así lo ereo yo, porque Dios y la Santa Virgen han de compadecerse de las amarguras de mi corazon, y confiar en esa fé ciega que tengo en que ningun mal te ha de suceder; pero el pobre *insurgente* está sudoroso y cubierto de espuma. ¿Qué has corrido mucho!

Al decir esto, acriciaba el cuello y la crin del caballo, que por su parte heria impaciente las piedras con las herraduras de los cascotes. Da pronto de cenar al brioso *insurgente*, que parece ha sufrido mucho, dijo á un criado. Y tú, hijo mio, entra, porque comienzan á caer algunas gotas de agua. Los dos esposos entraron á la pieza que hemos ya descrito, mientras el criado condujo á la caballería al noble brufo. Los lectores habrán tal vez reconocido en estos personajes, á los mismos que tuvieron debajo de un árbol de la casa de Chamacero, una rápida y singular conferencia. No obstante, una breve esplicacion contribuirá á dar mas claridad á la historia. Pasaron los ocho dias convenidos en la entrevista, y el matrimonio no pudo verificarse, porque aun no se había acabado de allanar todo ese cúmulo de inconvenientes que sobrevienen en tales casos; pero pasado un mes, el buen cura de Chamacero, interrumpió en el primer dia festivo su misa para dar lugar á la lectura de unas amonestaciones. En efecto, el bedel, con sus pantalones de pana morada, su sotana raída, y su sobrepeñiz un poco sucio, leyó con voz ronca y patusada: D.

Alberto H***, hijo legítimo &c.,... con Doña Manuela B***, natural de esta villa, de diez y nueve años de edad &c., &c.: el cura concluyó su misa, y todas las gentes salieron alegrísimas, presagando mil venturas á los futuros esposos. A los ocho ó diez días, Manuella se puso un vestido nácar de seda china, arregló y entrelazó con flores sus negros cabellos, y convidó á todas sus amigas para su boda. Comida, baile, cena, brindis, consejos, lágrimas de la familia, todo hubo en la boda; pero al siguiente día Doña Manuela B*** vivía ya con su amado y bravo esposo D. Alberto.

Un año después estalló la revolución, y Manuella, fiel á su promesa, guardó religiosamente el secreto de los designios de su esposo, y éste, fiel también á su palabra, y sin que las delicias conyugales disminuyeran un punto su entusiasmo patriótico, se incorporó en cuanto le fue posible en las filas de los insurgentes. En cuanto á Manuella, dedicada como un lirio, tímida como una gacela, no vaciló en abandonar la dulce paz de su hogar, y seguir á su esposo en una campaña terrible y sangrienta, y en donde, como habian pensado, tenian que vagar muchas veces por las espesuras de los montes, y por las fragosidades de las sierras. Esta corta digresion se aclara mas en el diálogo que va á seguir, pues mientras que hemos dicho lo espuesto, los dos esposos han entrado á la sala, y tomado asiento en aquellos tucos y recamados camapes de cedro.

—¿Hay alguna cosa de nuevo? preguntó Manuella á su esposo con una voz tímida.

—Dicen que Calleja se aproxima con fuerzas muy considerables.

—En ese caso será menester nueva sangre y nuevos desastres.

—Es probable, hija mía. Una vez que un pueblo ha dado la voz de libertad, me atrevería á decir, si no fuera una blasfemia, que ni Dios mismo puede sofocarla.

—¡Alberto! Es una suposición. Sé muy bien que solo la sombra del brazo de Dios, es bastante para hacer desaparecer un pueblo de la faz de la tierra; pero esa misma razon, me hace concebir una íntima convicción, de que la espada de los buenos patriotas está guiada por la mano de Dios. Los hombres, Manuella, viven en el mundo con ciertas cargas, que Dios mismo les impuso; pero en medio de su misma cólera, jamas dijo que el hombre se sujetara á sufrir la esclavitud de sus semejantes. Dios crió iguales á los hombres, y él solo los manda y los gobierna. Quizá estas serán preocupaciones y errores; pero sea lo que fuere, esto me ha obligado á dejar mis bienes, la dulce tranquilidad que gozaba á tu lado, y traeré á tí, débil y tímido,

da criatura, en medio de la sangre, de las balas y del incendio....

Te habia dicho, continuó Alberto, que Dios guía la espada de los insurgentes: pues me equivoqué; la guía algunas veces el demonio mas cruel y mas sanguinario del averno. Escucha: Se ha supuesto que hay entre algunos españoles, inteligencias con Calleja.

—¿Y qué?

—Inocentes y culpados se han mandado asesinar. He visto salir á Cayetano, de la casa de Hidalgo, con una espada, un par de pistolas, y un puñal al cinto, y brillando en sus ojos una alegría indecible. A poco entramos Allende y yo á pedir á Hidalgo, mandara suspender esas ejecuciones bárbaras, que desacreditaban con Dios y con el mundo nuestra causa....

—¿Y qué respondió?

—Que nunca acostumbraba revocar las órdenes que daba. Que el pueblo quería víctimas, y que era preciso darle sangre hasta que se saciara.

—Dios mio! ¡tened misericordia de esos desgraciados! dijo Manuella.

—En efecto, hija mía, solo á Dios pueden pedir misericordia, porque los hombres, ciegos con ese fanatismo político, han cerrado su corazón á la piedad.

—¿Y no hay esperanza de salvarlos?

—Ninguna, ninguna! Allende y yo hemos tenido larga y acalorada conferencia con Hidalgo, y no hemos conseguido mas que reñir y dividirnos. Lo que siento, hija mía, que la sangre de los inocentes caerá sobre nuestras cabezas.

—No, no caerá, porque Dios es mas justo que los hombres.

—Dices bien, hija mía, y si algun castigo mereciera yo, estoy seguro que tus ruegos y tú virtud me librarían de él. Si, niña, tú eres el ángel que me ha defendido de los golpes de los enemigos, y la tierna y desinteresada amiga que me ha seguido sin esclamar una queja, sin derramar una lágrima de despecho, al través de los barrancos y breñales, en medio de los soles abrasadores y del frio de las noches del invierno. Mientras estás á mi lado, podré desviar mi vista de esos espectros ensangrentados, para contemplar tu rostro juvenil; podré cerrar mis ojos de un momento á esos dolorosos clamores de los heridos en el campo de batalla, para escuchar tu dulce y con soladora voz.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Manuella, y su esposo, besándole amorosamente la frente, le dijo: Descanse mos ya, es muy tarde. Hija mía, estás muy fatigada; ven, y descánsanos.

IV.

Se estaban disponien o los dos esposos á tomar el sueño, y olvidar con él tantas emocio-

nes y agitacion, cuando un doloroso gemido se escuchó en la calle. A poco tocaron fuertemente la puerta y Alberto acudió á abrirla: una muger se arrojó hasta la sala, gritando: ¡Perdon! ¡puesicordial! y cayó desmayada en el pavimento. Manuella y las criadas, que habian acudido sobresaladas, se apresuraron á socorrerla, y en brazos la llevaron á la cama. Las esencias y unas gotas de agua con éter que la hicieron tomar, la volvieron al uso de sus sentidos.

Entonces separaron los cabellos rubios que caian sobre su rostro, y con la luz de la vela vieron sus grandes ojos azules fijos y sin movimiento como los de un demente, sus mejillas pálidas y hundidas, y sus labios entreabiertos y temblorosos.

—Esta niña va á morir, exclamó Manuella; ese rostro tan lindo y tan juvenil, parece ya el de un cadáver. ¿Qué tienes, hija mia! le dijo con mucha dulzura, sentándose junto de ella; habla, por Dios: si te persiguen, aquí tienes un asilo seguro.

—Señora, quiero llorar, y no puedo.

—Llora, llora, niña; tambien tengo yo lágrimas en los ojos, y enas en el corazón. Manuella colocó en su seno suavemente, la rubia y linda cabeza de la muchacha, y comenzó á acariciarla con la ternura de una madre.

La niña lloró amargamente.

—Está bien, niña, le dijo Manuella, hora: así aliviarás tu corazón, y tendrás fuerza para decirnos lo que deseas, y por qué has venido á estas horas de la noche sola y abandonada á morir casi á nuestra vista.

—Señora, mi padre y mi... no pudo acabar, porque los sollozos la ahogaban.

—Ya comprendo, dijo Alberto en voz baja: su padre, su esposo, su amante tal vez, estarán prisioneros, y mañana....

—Mañana, señor, no existirán, si vd. no les salva: exclamó la niña, desprendiéndose del seno de Manuella, y abrazando las rodillas de Alberto.

—¡Salvarlos, niña!... A todos los hubiera salvado por mi voluntad. Cada infeliz tendrá una madre, una esposa, una hija.

—¡Piedad, señor! ¡piedad! solo vd. puede libertarlos: solo vd. no tendrá el corazón de fiero. Todo el día y toda la noche he corrido desolada gritando, llorando, implorando la compasion, y en todas partes me han dado con las puertas en la cara; en todas partes he hallado asesinos, lobos, tigres que se han complacido en mi agonía. He ofrecido mi rostro jóven y ruboroso, á los besos líbricos de los malos; mi inocencia, en recompensa de dos vidas, y....

—Acaba, niña, interrumpió Alberto, con agitacion.

—Y he perdido mi honor, he mancillado mi virginidad, y los infames, los cobardes, no me han vuelto ni á mi padre, ni á mi amante.

—¡Rayos del cielo!! dijo Alberto, hiriendo el suelo con el pie. Manuella, Manuella, la independencia no se hará, y estos crímenes y las lágrimas de la inocencia, caerán como un veneno, sobre toda la generacion mexicana.

La niña quedó aterrorizada, y con los ojos fijos y secos, como si jamas hubiera derramado una lágrima.

—No te asustes, hija mia, le dijo Manuella volviéndola á tomar en los brazos. Mi esposo salvará á tu padre, y á tu amante. ¿Cómo se llaman?

—D. Pedro N***, y D. Eduardo H***.

—Alberto, prosiguió Manuella, si es necesario tu vida y la mia, para volverle á esta ángeles lo que reclama, en nombre de la humanidad y de la justicia, no vacites, que mas felices seremos los dos, durmiendo en la tumba, que no viviendo entre hombres tan perversos y tan criminales.

Alberto, el valiente Alberto, cuyo rostro jamas se habia demudado con las balas de los cañones, y que sonriendo habia visto siempre delante de su pecho las lanzas y las espadas enemigas, estuvo á punto de procurrir llorando como un niño; así que se se contentó con echar una mirada de compasion sobre la infeliz niña, y besar suavemente la mejilla de la otra hermosa y santa niña, que el cielo le habia concedido por esposa. En dos minutos el insurgente estaba ensillado, y su valiente ginete voló á pedir la vida del padre y del amante.

La niña estuvo atenta é inmóvil, hasta que las pisadas del caballo se dejaron de escuchar: entonces volviéndose á Manuella, le dijo con una espresion de ternura:

—¿Cree vd. que se salvarán, señora?

—Es muy probable, hija mia.

—¡Hija mía, ha dicho vd!... ¡Oh! gracias, gracias, señora; gracias, madre mia. Vd. ha reconciliado mi alma con Dios. Esa palabra sublime y dulce que ha pronunciado vd., me indica que ese Dios á quien he adorado, desde que mi madre enseñó á pronunciar á mis labios inocentes é infantiles su divino nombre, no me ha negado su piedad. Hace veinte y cuatro horas que lloro; hace veinte y cuatro horas que con mis cabellos desordenados, mi pecho descubierta, me armo de rodillas ante las mugeres, ante los soldados, ante los niños, ante los ancianos; unos me han creído loca, otros han juzgado que soy una ramera; y otros, señora, otros, me han quitado el honor, y no me han devuelto á mi padre, y á mi amante. Yo era pura; ni un solo pensamiento habia turbado mi inocencia, y Dios lo ha visto, Dios que ve la

alma, ha sido testigo que los besos que recibía me quemaban, que las caricias eran martirios, y que el placer para mí, señora, fué... el infierno, porque parecía que mi padre ensangrentado y livido, me reconvenía, me maldecía, me rechazaba, aun en los momentos de su muerte. Madre mía, sí, mi madre, porque vd. es digna de reemplazarla: madre mía, ¿qué había yo de hacer, para salvar dos vidas? ¡Qué otro camino había de tomar, pobre y débil muger, sino hacer valer mi hermosura, y mi juventud?

—¡Oh niña, niña, no me destruyes el corazón, no me digas más, cállate por piedad!

—¿Se salvarán, señora? preguntaba tristemente la muchacha.

—Sí, se salvarán; te lo prometo en nombre de Dios. Se salvarán, porque tú has hecho un sacrificio, y no un crimen, porque tú estás hoy inocente y pura, como el día en que tu madre te metía en la cuna. Ruega á Dios, porque él es el dueño de los corazones de los hombres; pero pídele la misericordia para tu padre y tu esposo, y el perdón para los asesinos. Porque ellos, hija mía, son más desgraciados que tú. Si tu padre muere, yo te recibiré en mis brazos y en mi amor, y tendrás una madre en la tierra, y un padre en el cielo; pero ellos, niña, tendrán el juicio terrible del Señor.

Las dos niñas se arrodillaron delante de la Virgen de Dolores, y rezaron.

De repente, y como movida por un resorte se paró Manuela, é interrumpió su rezo.

—¿Cómo te llamas? dijo á la muchacha.

—Teresa, señora, respondió tímidamente.

—Pues bien, Teresa, si quieres salvar á las víctimas, es necesario que me sigas. Pero nada de llanto, ni de gemidos. Es menester valor. ¿Lo tendrás?

Teresa se levantó y con una voz firme, le contestó:—Vamos donde vd. quiera, señora. Estoy pronta.

Sus ojos azules estaban secos, y solo en sus mejillas brillaban como unos diamantes dos gruesas lágrimas.

Las dos jóvenes salieron de la casa seguidas de un soldado, y como unas fantasmas desaparecieron entre la niebla de la noche.

VI.

Aunque Hidalgo fué recibido con demostraciones de júbilo en Guadalajara, la ciudad, sea porque es júbilo en tiempo de revueltas y guerras es efímero y muchas veces falso, sea porque la política había olvidado encender los faros, y el ciclo cuidado de ocultar los faros, y las gentes estaban aterrorizadas por las ejecuciones que se habían mandado hacer, la ciudad estaba solitaria, triste y sombría. Ma-

nuela y Teresa deslizándose como unas apariciones del otro mundo en medio de las tinieblas de la noche, llegaron á un edificio de bucnana apariencia, donde era la cárcel, ó al menos donde estaban encerrados los españoles presos por causa de la conspiración que se dijo iba á estallar. Al llegar cerca de la puerta, el centinela dió el *quien vive*: el asistente respondió, y en seguida preguntó, por órden de Manuela, á uno de los soldados, donde se hallaba Cayetano.

—Muy ocupado está, por cierto; se halla por las barrancas matando prisioneros.

Esta contestación, dada con mucha sencillez por el soldado, llegó á los oídos de Teresa, la que iba á dar un grito; pero Manuela le estrechó la mano, y le dijo:—Acuérdate que me has prometido tener valor.

Teresa estuvo quieta, estrechando solamente con una fuerza convulsiva la mano de Manuela.

Manuela se dirigió al soldado, y le dijo:—¿Quieres ganar una onza?

—Sí, señora.

—En cuánto tiempo puedes ir á donde está Cayetano y decirle que dos mugeres hermosas desean hablarle?

El soldado reflexionó, y contestó:—En una hora.

—Pues como vayas y vuelvas en media hora, tendrás dos onzas. Toma una, y la otra te la daré cuando vuelvas.

—Esto es cosa de morir ahogado de fatiga; pero no importa, voy.

El soldado echó á correr.

Los dos jóvenes se sentaron en el quicio de una puerta, delante de un fogón, y pasaron veinte minutos en una agonía mortal. Antes de la media hora vieron voltear la esquina dos hombres: uno era el soldado, y el otro Cayetano.

—Te prometo darte más de cien cuchilladas si me has engañado, le decía Cayetano al soldado.

—Señor, juro á vd. que dos mugeres me han mandado que lo busque, y estaban aquí hace un rato.

—Las dos muchachas, que oyeron esto, se pusieron en pie, y el soldado alegrísimo, dijo:—¡Eh!, ¡vé vd. como le decía la verdad!

—¡Eh! replicó Cayetano, parecen unas fantasmas con esos túnicos y esos rebozos negros. Con mil diablos, caigo en la cuenta que han de ser algunas lloronas que vienen á pedirme que perdone á esos gachupines. ¡Eh! err!... al diablo mugeres, largo de aquí, no vengas con lloros y gritos á interrumpir la justicia. No hay perdón; ¡fuera! y sobre todo, al generalísimo y no á mí, tienen que llorarle.

Entre tanto, Cayetano se acercó á las lumbres, que por intervalos dejaban asomar una llama amarillenta, y las jóvenes vieron un hombre alto, nervudo, de rostro tostado, con un ancho sombrero, un sable, y dos pistolas en el cinto, y un largo puñal en la mano. El puñal, la camisa, la cara, las manos, todo el cuerpo de Cayetano estaba salpicado de sangre.

Teresa cayó desvanecida, y Manuela se acercó con un paso firme. Cayetano levantó el puñal para amenazarla, y con una voz de trueno dijo:

—He dicho que no hay perdón; ¡atrás!

Manuela se descubrió, y Cayetano, asustado, abrió la boca y dejó caer lentamente el brazo que había levantado.

—Cayetano, le dijo Manuela, te vengo á pedir un favor.

—Señora generala! Su compasión ha de perder á vd. Tonto de mí que iba á herir á la mas completa muger que anda en las filas de los insurgentes. Pero, señora, dígame vd. ¿qué anda haciendo sola y á estas horas de la noche!

—Te buscaba, Cayetano, para pedirte un favor, que no me rehusarás.

—No, por cierto, señora generala. Si esesige vd. que me parta el corazón con este puñal, lo haré al momento.

—Gracias. Sé cuánto me estimas, y de ahí viene que yo tenga la idea de que me entregues dos prisioneros.

—¿Dos prisioneros? ¡Y para qué!

—Para devolvérselos á una niña de diez ó seis años, hermosa y pura, como la Virgen de Zapopan.

—¿Ta ta! murmuró el baladron. Eso está malo; pero si trae vd. una orden del generalísimo, se los entregará.

—No traigo orden ninguna, y solo fio en tí.

—¡Eh! ¡Eh! Pues señora generala, yo no puedo hacer lo que vd. me dice. Ya ve vd. que tengo orden de matarlos á todos, y además, yo digo á vd. que no puedo, porque he hecho voto á la Virgen de Zapopan de no dejar uno de esos con hueso sano, y la Virgen me castigará.

Manuela sonrió amargamente. Luego, con una voz persuasiva y halagando la superstición del verdugo, prosiguió:—Es verdad que la Virgen podría enojarse contigo; pero antes de venir le he rezado, y ella me inspiró la idea de que te viniera á ver á tí, y no á otro, y en ese caso ves que la Virgen, lejos de enfadarse, te lo agradecerá.

—Vd., señora generala, es una santa, y debo creerlo así...

—Sí, creo, y además yo te lo agradeceré, y

te lo recompensaré; al decir esto le puso en la mano una bolsa llena de oro.

—Oro, señora generala! Por la Virgen que tengo bastante. No busco oro, sino sangre, venganza.

—¡Infame! asesino! murmuró Manuela á media voz.

—Señora generala, he dicho á vd. que quiero sangre, y que no puedo dar á vd. á los presos que me pide.

—Mi esposo te castigará.

—Poco me importa, respondió con desden Cayetano, alejándose; Manuela corrió á él, tomóle las manos sangrientas, diciéndole con la voz ahogada por el llanto:—Piedad, concédeme el único favor que te he pedido.

—Por la Virgen, señora generala, que se levante vd. Todo lo que quiera vd. le concederé, porque tendría miedo de atraerme la cólera y el enojo de una santa y valiente insurgenta.

—Dios te perdone tus culpas por esta bucnana acción que haces, Cayetano.

Cayetano se santiguó.

—A una condición entrego á vd. á esos hombres.

—La que tú quieras.

—Que le he de contar á vd. mi vida. Probablemente si después de mi muerte se acuerdan de un pobre diablo como yo, será para decir que fué un verdugo infame. Poco me importa que lo crean; pero sí deseo que vd., señora generala, vea que algún motivo he tenido para andar con el puñal en la mano, y el rostro teñido de sangre. ¡Hola, una silla!

Un soldado trajo un banco, y Manuela, sin decir palabra, se sentó en él. Cayetano prosiguió.

—Pues, señora generala, yo tenía una muchachita de quince años, se llamaba Lucecita, sus ojos eran negros como un azabache, su cabello delgado, sus labios encarnados, su rostro morenito, con unos colores como la rosa de Castilla. La muchacha era muy guapa, pues continuamente la tenía vd. vestida con un castor lleno de cautillo y lentejuelas, un rebozo de seda y unos zapatos blancos. Era preciosas, señora generala, y si vd. la hubiera visto andar en la calle con un salero natural, y dejando ver un pie muy chico y una pierna redonda y lustrosa, la habría llevado á su casa para ponerla bajo un nicho, porque la muchacha parecía de cera.—Yo la quería como á las niñas de mis ojos, y por consiguiente, pensaba que casándome con ella tendría unos hijitos tan bien plantados y guapos como la madre, y que no pensaría más que en trabajar, en ser hombre de bien, y en adornar y requebrar á mi Lucecita.

En efecto, junté algún dinero, y dispuse mi casamiento; pero la antevíspera, como iba yo tan

precipitado á ver al señor cura, acerté á tropezar casualmente con un señor de uniforme y baston, y lo derribé en el suelo. Conociendo que esto me podría traer perjuicio, corrí; pero al fin de la calle los alguaciles me detuvieron, y dándome bofetadas, palos, y empellones, me llevaron á la cárcel, apesar de que yo les manifesté que no había yo tropezado sino por una casualidad.—A los ocho dias, fui condenado á recibir veinte y cinco azotes, y justamente el dia en que debía yo de haberme casado, fui sacado de la cárcel á la piqueta, seguido de una multitud de muchachos y de gente que me burlaba y escupia. Si hubiera tenido un puñal, créalo vd., señora generala, me lo habría metido en el corazon.—Representé al juez que era una contingencia la que había sucedido; pero él, volviendo-me la espalda dijo:

Esta canalla insolente, está muy alzada, y es necesario enseñarla á respetar á la gente decente. Si habla este pícaro una palabra, que le den cincuenta azotes en lugar de veinte y cinco. No hablé ya mas palabra, y cogido de las manos, y casi desnudo recibí veinte y cinco azotes terribles delante de la casa de Luceستا. Desmayado me condujeron al hospital, y á los cuatro dias que salí volé, infamado, ultrajado injustamente, como estaba, á casa de Luceستا, porque no pensaba mas que en ella. La encontré pálida, con los ojos saltándosele, la boca llena de espuma, y desgarrando todo el vestido.—Luceستا estaba loca.

Etonces, yo tambien desgarré mi vestido, golpeé mi cabeza contra las paredes, arrojé maldiciones contra los hombres y . . . yo no estaba loco, tenía todo el infierno dentro de mi corazon, y queria venganza.—Fué menester renunciar á la esperanza de vivir feliz con esa muchacha tan linda, y que me amaba tanto; fue menester renunciar á tener hijos, y á ser hombre de bien.—Yo no tenía de esto la culpa.—Me metí á torero, porque la sangre tenía para mí cierto atractivo, y me despertaba la esperanza de derramar así, la de los infames que me habían quitado la felicidad.—Cayetano virtió una lágrima, que se mezcló con las gotas de sangre que tenía en el rostro, y dijo con una voz infernal: Señora generala, he acabado. Saque vd. pronto á esos hombres, porque puedo arrepentirme dentro de un minuto.

Manuela entró á la prison, y salió acompañada de dos hombres. Teresa estaba en el umbral de la puerta, yerta, y sin dar señales de vida. Uno de los hombres la tomó en sus brazos sin hablar palabra, y todos tres se encaminaron fuera de la ciudad. Detras de una casa arruinada estaba un criado con tres caballos, que Manuela había mandado preparar antes de salir de su casa: los dos hombres montaron, y

uno de ellos colocó á Teresa en la silla, y el montó en la grupa. Antes de ponerse en camino, dijo el que llevaba á Teresa: Señora, las bendiciones de un padre, hagan á vd. feliz en medio de estas escenas de sangre. La obra que vd. acaba de hacer, si no dá á vd. fruto en la tierra, le reservará un alto lugar en el cielo.—Manuela les hizo seña de que partieran, y ellos dando espuela á los caballos, desaparecieron en breve.

Manuela llegó á su casa, y un momento despues Alberto, pálido y desalentado. Nada he conseguido, hija mia. Los prisioneros estarán ya muertos.—Y la niña, ¿donde está?

—Los prisioneros, respondió Manuela, van ya en el camino; pero la niña murió de dolor, y solo llevan su cadáver.

EL BIBLIOTECARIO.

[Continuar.]

GALERIA DE PINTORES ESPAÑOLES.

EL DIVINO MORALES.

HAY un pintor entre todos los pintores, á quienes la admiración universal ha saludado con el nombre de *divino*: este pintor es Rafael. En España un pintor tambien, Luis de Morales, ha merecido este nombre; pero ¡es el grito de la admiración contemporánea el que proclama así su mérito y su superioridad, ó simplemente la indicación un poco espléndida de la elección de los objetos, siempre religiosos, siempre llenos de un santo dolor y de una ardiente piedad! Sea cualquiera de estos dos motivos, ó quizá ambos, el caso es que puede asegurarse que no se ha concedido arbitrariamente á Morales el nombre de *divino*, puesto que otros pintores del mismo pais y de la misma época, Joanes, por ejemplo, no lo han tenido.

Luis de Morales nació en Badajoz, capital de Estremadura, en los primeros años del siglo XVI; algunos señalan el de 1509; mas sin pruebas suficientes, se ignora quienes fueron sus parientes, cómo pasó su juventud, qué clase de estudios hizo, y de qué maestros recibió lecciones. Nacido lejos de la mar, en la frontera de Portugal, no tuvo como Joanes, y como Rivera, ni el deseo, ni la posibilidad de ir á Italia: así jamás abandonó la España. Palomino supone que Morales fué discípulo de mancebro Pedro Campaña; mas este pintor vino á España el año de 1548, y existían en la iglesia de la Concepcion de Badajoz cuadros de Morales hechos en fecha anterior, así Campaña podría haber dado á Morales tan solamente consejos ó

preceptos, como Velazquez recibió de Rubens; mas nunca pudo haber enseñado los primeros rudimentos del arte. Es, pues, necesario pensar que Morales recibió lecciones de alguno de los profesores menos célebres, establecidos en aquella época, en Valladolid ó Toledo.

Se cree que Morales pasó toda su vida sin salir de su pais natal: que esto parece probarse con la circunstancia de no haber en Sevilla mas que un solo cuadro de su mano. Todo lo que se sabe de la historia de Morales, es, que en la época en que Felipe II mandó construir el Escorial, y preparaba de antemano los mas suntuosos adornos, mandó venir al pintor de Badajoz, cuya fama se había difundido por la España entera. Parece que Morales se presentó en la corte con un lujo tan desmedido, que ofendió la vanidad del rey: causa por la que le mandó dar una gratificación para gastos de viage, y lo despachó á su pais, sin emplearlo en nada. Solamente le compró el cuadro de la *Calle de la Amargura*, que fué colocado en la Iglesia de San Gerónimo de Madrid, donde todavia se conserva.

Morales, lleno de tristeza y de amargura por un desaire semejante, regresó á Badajoz, donde fué á poco tiempo atacado por las enfermedades y la vejez, sintiendo dia por dia temblar su mano y debilitársele la vista: de suerte que incapaz de trabajar, abandonado de todos, olvidado en el fondo de su provincia, descendió desde el lujo que había ofuscado al rey, no solo á la pobreza, sino hasta la miseria. En esta miserable situación le encontró el mismo Felipe II, cuando á su regreso de Lisboa, despues de haber tomado posesion del Portugal, atravesó por Badajoz en 1581. Morales se presentó al rey.

—Muy viejo estais, Morales, le dijo el monarca.

—Sí, señor, y muy pobre tambien, contestó el artista.

Felipe le concedió una pensión de 800 ducados, la cual disfrutó Morales solamente cinco años, pues murió en el de 1586, de una edad muy avanzada.

Francisco Pacheco se expresa así en su *Arte de pinturas*: “Muchas gentes han pintado finamente; mas examinadas sus obras muy de cerca, les ha faltado el arte de estudiar el dibujo, y aunque á pesar de esto han adquirido reputación, no ha sido sin duda entre los inteligentes.” Este lenguaje se concibe bien en la boca del maestro de Velazquez, de uno de los fundadores de la escuela de Sevilla, tan enemigo de la aridez como de la afectación; tan orgullosa con su maravilloso estilo y sus sorprendentes efectos; sin embargo, no puede admitirse por justa tal calificación, pues evidentemente

es parcial y apasionada, que prueba solamente que ninguno es buen juez en su propia causa. Si Morales ha tenido los defectos de su tiempo; si es mimucioso y afectado, principalmente cuando pintaba cabellos y barba; si puede echársele en cara la dureza en los contornos y poco relieve en el modelo, es menester confesar tambien que dibujaba con perfecta corrección, que entendia perfectamente el *desnudo*, y daba una suave y fina gradación á las medias tintas, y sobre todo, es menester reconocer su superioridad en pintar las expresiones de dolor religioso, y ninguna maestro ciertamente le ha escitado en retratar los sufrimientos y las terribles toruras de un Cristo coronado de espinas, ó de una santa Virgen de los Dolores. La desgracia de Morales consiste en que se le atribuyen todas las obras de sus discípulos, que tienen alguna semejanza con su manera; mas los que atentamente han examinado sus obras, no son tan flgeros en atribuirle cuadros que están muy distantes de ser de este gran artista.

Los cuadros de Morales son todos pintados generalmente, ó en lúmina ó en madera, y se distinguen por su sencillez y tamaño pequeño; pues no pasan del espacio suficiente para colocar una cabeza, ó cuando mas medio cuerpo. Los mas complicados se componen de una Virgen con su Hijo, muerto, en los brazos. No obstante, Morales ha dejado algunas composiciones importantes: tales son seis cuadros de la Pasion, que se hallan en un villerío de Estremadura, llamado Higueras, y cuyos personajes son de cuerpo entero. Hay tambien en Badajoz otros cuadros, tanto en la Catedral como en las iglesias de la Concepcion y San Agustín. El nuevo museo de Madrid no ha podido recoger mas que tres ó cuatro obras de Morales, lo cual prueba que son raras, cuando se desea tengan autenticidad.

Morales dejó un discípulo eminente, que si bien no se ejerció en el mismo género de su maestro, logró en el género opuesto la perfección de la pintura. Este discípulo es Juan Labrador, pintor de flores, de fruta, y de objetos de *bodegon*, ¿como dicen en España. Nadie, ni aun el mismo Van Huysum, le ha escitado en este género. Palomino afirma que el nombre de Labrador se le dió, por haber sido criado en el campo antes de manejar los pinceles. Labrador murió muy viejo en Madrid, el año de 1600.

(Traducido para el Museo por M. P.)

El que es mas severo que las leyes, es un tirano.

La paciencia es el arte de esperar.

SCHILLER.

JUAN Federico Cristóbal Schiller, nació el 10 de Noviembre de 1759 en Marbach, ciudad pequeña de Suabe, en el reino de Wurtemberg. Su padre era cirujano, y había servido en el regimiento de húsares del príncipe Luis, que estaba al servicio de los Países Bajos, y ascendió sucesivamente á los grados de ayudante, alabandero, y capitán. Después fué encargado de la conservación del jardín de la *Soledad* perteneciente al gran duque de Wurtemberg, y situado á una legua de Stuttgart. La madre de Schiller era hija de un panadero, y muger de unas excelentes cualidades. Amaba mucho á sus hijos, y el último que tuvo fué Federico, el cual, según se afirma, era su vivo retrato, pues su estatura era gallarda, sus cabellos rojos, su tez llena de líneas, y su semblante pálido; pero el contacto de su fisonomía era noble y expresivo.

Schiller fué dirigido en su primera educación por el pastor Moser de la Alsa de Lorch, donde sus padres residieron durante tres años. Cuando éstos dejaron á Lorch, y se establecieron en Luisbourg, continuó allí sus estudios de latin, bajo la dirección del profesor Jahn. Hasta esa época los talentos de Schiller no se anunciaban de manera alguna, pues era uno de los discípulos mas atrasados; pero si se descubria en él cierta inclinación á la soledad y á la meditación. Próxima ya la época en que debía fijarse definitivamente Schiller en escoger una carrera, se decidió por la eclesiástica, por la que había manifestado una decidida afición; pero entonces el duque de Wurtemberg acababa de establecer una famosa escuela militar, en la cual hizo sus estudios Cuvier, y por recomendación de Jahn fué admitido en ella. Parece que esto disgustó mucho al jóven, que veía contrariada su inclinación y su natural amor á la independencia con las severas reglas militares; así es que rehusando positivamente estudiar para la carrera de las armas y aun la medicina, se dedicó á la lectura de Klopstock, Shakspeare, la Biblia, y otros libros poéticos, que exaltaron su imaginación en alto grado, y lo decidieron á dedicarse á la poesía y al teatro. En una de sus primeras composiciones da á conocer bastante esta inclinación. Hablando de las bellezas de la naturaleza, se explica así con un candor y una admirable elevación:

“Estos encantos son muy poca cosa para los grandes y los reyes de la tierra; pero ellos conmueven al humilde mortal. . . ¡Oh Dios mio! tú me has dado la naturaleza; repárteles á ellos el mundo, y á mí, Padre mio, dame la poesía.”

En 1781 dió á luz su primer drama, *“Los Ladrones:”* obra que no es de un efecto teatral; pero que es menester considerarla como el desahogo de todas las amarguras y dolores, que se encerraban en el alma del autor. La idea radical es hasta cierto punto un ultraje á la sociedad, pues consiste en mostrar una alma noble y virtuosa, que no pudiendo encontrar lugar bajo las leyes sociales, se precipita entre una banda de criminales, y allí encuentra un empleo mas poético de sus facultades. Casi ninguna de las traducciones que se han hecho de esta pieza, ha conservado su originalidad y belleza primitivas.

El éxito de *Los Ladrones* fué prodigioso, á pesar de las críticas que se suscitaron, hasta el punto que los estudiantes de Alemania tomaron la cosa mas seriamente de lo que merecía, y quisieron formar asociaciones de bandidos. Se asegura que en Brisgau se descubrió una conjuración de varios jóvenes, que querían marcharse á los bosques, y convertirse en ángeles exterminadores. Un ladrón generoso cuenta con bastantes simpatías: así sucedía en Sicilia con Pascual Bruno; mas sobre todo en Alemania, las ideas literarias germinan prodigiosamente, en las cabezas de sus fantásticos estudiantes.

La crítica justa, y el mal positivo que habían producido *Los Ladrones*, hizo que el duque de Wurtemberg, prohibiera formalmente á Schiller, el escribir nada que no fuera de la profesion de médico. Schiller no pudo soportar tal acto de tiranía, y en Octubre de 1782 se fugó del colegio, y se fué á Franconia á refugiar á la casa de la madre de uno de sus camaradas.

En esta época publicó ya multitud de poesías de mérito, tales como *la Batalla, la Infanticida*, y otras que aumentaron la reputación que le había grangeado la pieza dramática de que se ha hablado.

Schiller salió de su escondite, por la protección del baron de Dalberg, quien lo llevó á Manhein, donde había establecido un famoso teatro. Allí Schiller fué encargado de la redac-



SCHILLER

cion de un periódico literario, llamado *la Talía del Rhin*.

El segundo drama que compuso Schiller fué *la Conjuracion de Fieschi*, que está muy distante de tener el mérito que los *Ladrones*, pues los caracteres están mal concebidos, y poco desenvueltos.

Fieschi, recibió el título pomposo de tragedia republicana; y esto valió al autor el título de ciudadano francés, que le concedieron los revolucionarios de Francia.

La Intriga y el Amor, siguió á la anterior. Es una tragedia republicana en toda su pureza, y tal como la había concebido Diderot. Tuvo mucho mejor éxito que Fieschi, y aun hoy es muy popular, y muy alabada en Alemania. Se ha intentado muchas veces, arreglar esta pieza para el teatro francés; pero nunca han tenido buen éxito estos ensayos.

Ya de una manera nueva y diferente de la que había seguido hasta aquí, forjó á *D. Carlos*. Consideró mas bien esta tragedia, como un poema destinado á consignar los sentimientos que le agitan, que como una obra para el teatro. La reputacion de Schiller comenzaba á ser tan grande en Alemania, que la sola eleccion de un asunto dramático era un acontecimiento literario. Para contentar la impaciencia del público, dió á luz en 1785, los tres primeros actos de *D. Carlos*.

En esta época, Schiller se hallaba en todo el fuego y vigor de su juventud; en esa época de transicion fatal, en que las creencias religiosas se debilitan, y en que el amor cambia los destinos de la vida. Schiller concibió una pasion profunda, por una jóven; pero viendo ésta querida de un amigo suyo, venció su pasion, y se retiró á otro lugar. En esta profunda soledad concluyó á *D. Carlos*, que pasa hoy por una de las mejores piezas del teatro alemán.

Las cartas sobre *D. Carlos* donde explica el pensamiento profundo que lo dominó, y la forma de los caracteres de sus personajes, fueron publicadas en el *Mercurio Germánico*, periódico que redactaba en la corte del duque de San Weimar.

El gusto de Schiller por el teatro le reemplazó una grande aficion por los estudios históricos, y entonces se dedicó á escribir *la Historia de la revolucion de los Paisos Bajos*, y se cree que tambien comenzó su *Guerra de treinta años*, obra que puede clasificarse como de la escuela histórica del siglo XVIII, y que ha sido traducido varias veces perfectamente al francés.

Cuando Goethe volvió de sus viajes de Italia, trabó una íntima amistad con Schiller, y le consiguó la plaza de catedrático de la Uiuersidad de Yena. Dalberg cooperó con su influjo al del duque de Saxe. Weimar y estos dos protectores aseguraron á nuestro poeta una ecis-

tencia cómoda. A poco tiempo se casó con la señorita de Langenfels.

Entonces comenzó para Schiller una vida nueva, y se entregó al estudio y al trabajo, con un teson inaudito. Volvió á dedicarse á la lectura de los clásicos griegos, é hizo varias traducciones de *Eschylo* y de *Eurípides*, y aun comenzó una version de *la Eneida*.

En 1791 cayó gravemente enfermo de una afeccion de pecho, causa por la cual abandonó sus trabajos y emprendió un viaje á su pais natal. El descanso y la vista de su familia lo restablecieron, y al cabo de un año regresó á Yena, donde se dedicó de nuevo á sus tareas siendo la principal la poesía, este sentimiento ardiente y espiestro que había aliviado los primeros sufrimientos morales de su vida.

Después de doce años de intervalo volvió á dedicarse al teatro, y el publico alemán, que apesar de los escritos de crítica de Schlegel y de la filosofía de Kan, conservaba un gusto por el drama declamativo y sentimental, recibió con mucha aceptación á *Wallstein* nueva pieza de Schiller. Pocos años despues publicó otras obras dramáticas, tales como *la Doncella de Orleans*, *Maria Estuard*, *Wardeck*, y *Guillermo Tell*. La vida de Schiller desde su regreso á Yena, fué siempre activa y laboriosa. En el seno de esta actividad y cuando todavía tenia que esperar largos años de dicha, la muerte vino á interrumpir una existencia tan honrosa. Un viaje que hizo á Berlin para hacer representar á *Guillermo Tell*, le fatigó mucho, y regresó enfermo. Sus amigos y su familia se alarmaron mucho; pero se restableció en breve hasta el grado que en 1804 compuso para las fiestas del casamiento del príncipe heredero de Weimar con la gran duquesa de Rusia, una escena lírica, cuyos versos están llenos de elegancia y de gracia.

Pocos meses despues se enfermó de nuevo y la afeccion que había padecido, se presentó con un carácter sério, que aumentó por grados, hasta que sucumbió de ella el 9 de Mayo de 1805. No tonia entonces mas que 45 años. Su muerte fué tranquila como había sido su vida.

Como encargó que sus funerales fueran sin ninguna pompa; durante la noche fué cuando condujeron su cadáver á la última morada. Seguido sin embargo de muchos amigos, y de todos los jóvenes que quisieron tributar un homenaje al que durante la vida, los había llenado de entusiasmo con sus cantos. Se cuenta que mientras la procesion fúnebre caminaba por las calles, el cielo estaba cubierto de negros nubarrones; mas en el instante que llegaron á la sepultura, la luna apareció en todo su esplendor é iluminó con sus pálidos rayos el afaud del gran poeta. (Escr. para el Museo.)

TEHUACÁN.

El nombre solo de una población, de un río, de un lago, que ha figurado en la historia, despierta en la imaginación del hombre que piensa, una serie de acontecimientos interesantes, que se agolpan á su mente, y la ocupan de una manera esclusiva. ¿Quién al mencionar el paso de las Termópilas, no recuerda los trescientos griegos que allí firmaron su existencia, conteniendo un numeroso ejército? La memoria de Leutra, Plataea y Maratón, para esos hombres, produce iguales recuerdos que para los franceses Austertitz, Jena, Marengo, Waterloo; ó así como para los españoles, Pavia, Zaragoza y Baylen, pues tales nombres jamás se pronunciarán sin que el corazón sienta unas emociones difíciles de explicar. Esto mismo sucede á los mexicanos, al recordar las Cruces, Calderón, Pottillos, Puraurán y Valladolid; pero cuando mas vivos son estos recuerdos, y cuando mas se escalta la imaginación, es al pisar por primera vez esos mismos lugares ó sitios de tan interesantes escenas para la historia. Tal fué, lo que por mi pasó al llegar á Tehuacán, y verme frente del famoso Cerro Colorado, contemplándolo como uno de los baluartes mas fuertes de la libertad é independencia de mi país. Poseído de estas ideas, me propuse hacer unos apuntes estadísticos que hoy dedico á los Sres. editores del Museo.

Tehuacan es nombre mexicano, que significa piedra porosa. La ciudad que lo lleva, situada al Sudeste de la de Puebla, es cabecera de partido en el distrito de Tepeaca, perteneciente al Departamento de Puebla: dista de esta capital veinte y ocho leguas: latitud boreal 15° 26' 35", longitud oriental 104° 45' 10", altura sobre el nivel del mar, 1.963 varas: linda por el Norte con el Departamento de Veracruz, y por el Sureste y Sur, con el de Oajaca: su población actual se computa de dos mil personas, debido á los estragos de la guerra de independencia, á los del cólera, y hoy en la falta de arbitrios para subsistir.

Su terreno es plano, salitroso y estéril, de manera que por sus alrededores solo se producen los *izotes*, las *biznagas*, las *zarzas* y el *mezquite*, no obstante que merced á las aguas que las circundan, crecen las moreras, las viñas y los granados: este último arbusto con tanta abundancia, que es muy rara la casa que no posea cuando menos tres ó cuatro, por lo que acaso se llama Tehuacán de las Granadas.

El clima es caliente, pero sano; pues solo las afecciones nerviosas son las que padecen sus habitantes: llueve muy poco: la atmósfera está siempre limpia; y el aire que se respira es seco,

siendo por lo comun el mas dominante el del Sur.

La agua potable es de un gusto desagradable, por estar cargada de sales, de magnesia, de cal y potasa; por lo que generalmente el que la toma por primera vez, le obra como purgante: tiene ademas la particularidad de formar unas concreciones calizas; pero solo estando en movimiento, pues las cañerías se destruyen, de manera que llegan á no permitir paso á una feja de agua, en tanto que en el fondo de las fuentes nunca se denota este sedimento.

Los alimentos son nutritivos y baratos; mas casi se carece, solo porque se quiere, de buenas legumbres: el mercado se hace los sábados, en un *tianguiz* en que de los pueblos mas inmediatos, se provee á la ciudad de lo mas necesario; sobre todo, de frutas muy buenas y baratas.

En cuanto á sus elementos de riqueza, no son otros que una miserable agricultura, muy poco lucrativa, por el gran costo de las aguas con que se riegan los campos; requisito indispensable por la escasez de las lluvias: el comercio hoy es nulo é insignificante, debido entre otras cosas, á la falta de numerario; pues casi desde la amortización de la moneda de cobre, se paralizó completamente; sin embargo, si los tehuacaneros logran celebrar un convenio con el gobierno, por venta de salitres: el sistema el cultivo de los gusanos de seda: el de las abejas para la producción de cera; el de la vainilla y cacao en su sierra; las siembras de algodón y el beneficiar las pieles de ganado cabrío, mejorarían de condicion.

Sus habitantes, ni disfrutan de los gozes de una ciudad, ni de la libertad de un pueblo, sino que á la vez soportan las penurias de los anos y de los otros; su carácter es amblo; mas no faltan quienes tengan, como en todas partes, opiniones retrógradas, y por desgracia tampoco es desconocido el egoismo.

De dos años á esta parte, se han hecho esfuerzos heroicos por algunas personas, en procurar adelantos: se estableció una sociedad que formó un gabinete de lectura; un liceo de música y dibujo; una escuela particular de primeras letras, y por fin, se ha hecho un paseo que siguiendo el torrente de la moda, se le denomina del *Progreso*, por haber sido construido en esta época; pero nada se conserva, ni puede conservarse, por mas impulsos que hagan los amantes de las mejoras; porque no siendo capitalistas, tienen que ocurrir al recurso de suscritores, que pronto se cansan, y porque para lograr tales adelantos, se necesitaria de una protección directa del gobierno.

Sus calles son rectas; pero sin empedrados ni banquetas, á escepcion de uno que otro trecho: sus casas, que son en número de 362, son casi en

su totalidad de adobe; pero son muy cómodas, con estension de una perspectiva alegre en el interior, por lo aseadas que en su mayor parte las tienen sus moradores; por manera que si su exterior se pintara con igualdad de un medio color, para que no molestara el reflejo del sol, quedarían las calles muy hermosas.

En Tehuacan hay dos conventos de religiosos, el uno de franciscanos y el otro de carmelitas: la iglesia parroquial, una capilla de ánimas, y un calvario, formado por la antigua familia de los Morales, cuya situación sobre una colina y una arquitectura caprichosa y bonita, le da un aspecto verdaderamente pintoresco, que trae á la memoria los castillos feudales de la edad media.

Hay otro templo de San Juan de Dios, en el que está un hospital en miniatura, pues solo podrían asistirse ocho enfermos; pero casi nunca los hay, por la carencia de fondos que hasta hoy se ha esperimentado.

Las casas municipales, situadas en la plaza bajo un portal, no tienen nada de particular ni cómodo. La cárcel es un mal edificio, inseguro, insano é incómodo, sin la debida separación para mugeres, pues estas se destinan á una pieza chica en alto, que está sin ventilación y llena de sabandijas: con menoscabo de la decencia y la moral, las sacan á la plaza pública á que hagan sus funciones naturales cada veinte y cuatro horas.

Mas sobre esto nada puede criticarse á los tehuacaneros, porque soy testigo de las diversas representaciones que sobre el particular han dirigido al gobierno departamental; de los arbitrios que le han propuesto, y de los grandes deseos que tienen de que se mejore la suerte de los desgraciados criminales. Hay un fondo, por gravámen que se ha impuesto al aguardiente de caña, para construir y mejorar las cárceles que actualmente se ha concedido á la construcción de una nueva.

El actual ayuntamiento, y el gefe político D. Francisco Perez Gallardo, han construido los faroles necesarios para establecer un regular alumbrado de que carecia antes la ciudad, contando á expensas de su vecindario, y con una donación que para tal objeto esclusivamente cedió el ilustre general Almonte, cuando despues de su caída del ministerio estuvo de cuartel en Tehuacan; por lo cual y sus modales amables se ganó la estimación de sus vecinos.

El sub-prefecto y capitulares actuales, y muy particularmente el Sr. Alcalde, que han sabido llevar al cabo una empresa llena de obstáculos que no pudieron vencer sus antecesores, no podrían menos que haberse captado la gratitud pública, por haber logrado establecer un ramo que da idea del grado de cultura en que se ha

llan las poblaciones: ahora solo resta que se procure muy eficazmente su conservación.

Lo que forma el partido de Tehuacan, comprende una estension de Oriente á Poniente, de 55 leguas, y 24 de Sur á Norte: en su comprehension hay 54 pueblos, repartidos en diez parroquias, 18 haciendas de labor de poca estension, cuyos productos son maíz, trigo, poca cebada, y una que otra de chile, dos trapiches, 27 ranchos, tres molinos para trigo, y dos estancias para ganados: el total de su población asciende á 14.421 habitantes, segun los datos que obran en la sub-prefectura, siendo de advertir que á lo mas, y entre ambos sexos y edades, 69 serán de razon, y la demas de la clase indígena, cuya circunstancia jams debe perderse de vista por su gobierno departamental para las contribuciones pecuniarias y de sangre, porque generalmente, tanto unas como otras, se le asignan, á mi modo de ver, desinveladas con su censo y riqueza.

En la cabecera de partido hay un sub-prefecto, un ayuntamiento, compuesto de un alcalde, dos regidores, un síndico, y un secretario, con la dotación este último de 250 pesos anuales; un juez letrado para lo civil y lo criminal; dos jueces de paz (no sé por qué), y los respectivos de seccion, y ademas un comandante militar, y en los pueblos sus correspondientes jueces de paz.

Las oficinas del gobierno son: la administración de rentas, la de tabacos y la de correos.

En la actualidad hay una escuela de primeras letras, dotado su preceptor con 25 pesos al mes, á la cual concurren treinta niños; pero no pasa de enseñarles los primeros rudimentos, segun y como se enseñaban ahora cincuenta años.

La seguridad pública está encargada á tres serenos durante la noche, que paga el vecindario, y una ronda que hacen sus mismos vecinos; y en el dia, confiada solo á la honradez de sus habitantes, siendo de notarse, que aunque no faltan crímenes, como en todas partes del mundo, los que se cometen en el partido, ni son de aquellos que horrorizan, ni frecuentes.

En la actualidad está funcionando de prefecto en el distrito, el Sr. D. Felix Aburto, de cuya ilustración y conatos por los progresos de los pueblos, no se puede ni aun dudar; por lo mismo es de suponerse que en su época se adelante en el partido todo lo posible, y muy particularmente en la educación primaria, tan interesante á la sociedad, si cooperan á ello las autoridades locales.—Francisco de Paula Estrada.

(Escrito para el Museo.)